

servicio de una renovación brutal de los valores en favor de la masa.

Gladkov analiza, mejor dicho, aplaude el temperamento del obrero fanático de su causa, y puesto a trabajar en favor de ella.

Pilniak presenta la lucha del burgués, del intelectual, de la minoría escogida que trabaja dolorosamente en su propia destrucción.

En Gladkov, como en Gorki, todo es sano; el esfuerzo, el lenguaje, la sensualidad.

Pilniak como Dostoiewsky, analiza más, y busca lo atormentado del idiota, del inocente, del frenético gozador, el anticuario, el intelectual.

Las mujeres de Gladkov, la Dascha Tchumalova, lo sacrifica todo a la revolución; el hogar, el marido, el hijo.

Las mujeres de Pilniak buscan ansiosas su propia felicidad en el torrente revolucionario; y la revolución se ríe de ellas y las atropella incondicionalmente. Para Pilniak lo primero es la felicidad humana, subjetiva. ¿La consigue el nuevo estado de cosas?

Gladkov sólo espera el triunfo económico, social; lo que espera y teme el mundo de Rusia, lo que espera Rusia de sí misma.

Ambos autores coinciden en el acento nacionalista, en la revisión de los valores occidentales y en la negación de los mismos.

El problema individual y el problema colectivo.

Pilniak y Gladkov.—JUAN URIBE—ECHEVARRÍA.

LA DOGMATICA DEL PROGRESISMO

EL siglo XIX hizo una campaña destructora contra las creencias, y levantó monumentos a la credulidad. Max Beerbohm satiriza una de sus flaquezas representándolo gráficamente por un personaje de patillas, mofletudo y satisfecho, que lleva una corbata blanca. Todos los deseos de este hombre se reducen a ser cada vez más gordo, a tener una corbata cada vez más grande y a sentirse cada vez más convencido de su felicidad. El siglo XX es un joven con gasa de luto, que clava su ansiosa mirada en un enorme signo de interrogación. El personaje gordo,—la *Idea del Progreso*, historiada con penetrante crítica por Bury—, había sido en gran parte la exalta-

ción de «los adelantos de las luces». Aun admitiendo que todo en el hombre fuera estable, y que su actividad pudiera reducirse a un cuadro de funciones permanentes, registradas por la estadística, —la física social de Quetelet,— el progreso vendría de una forzosa concatenación de cambios, resultante de las conquistas intelectuales.

Sabemos por Tocqueville que desde 1780, todo el mundo había abandonado en Francia la palabra decadencia. Créase, por lo contrario, que los progresos ya no tendrían límite. Veinte años antes, nada se esperaba de lo porvenir. Pero entonces nació la doctrina de la perfectibilidad continua e indefinida. Todo era estimulante; todo propicio a las teorías renovadoras. Los filósofos se exaltaban declarando que con la mecánica, la historia natural y la química, la felicidad humana estaba segura. Nicolás de Saussure se entregaba a experiencias para mejorar el trigo y la vid; Daubanton perfeccionaba el ganado ovejuno en el Rosellon, y Turgot pedía a España carneros merinos; la Academia premiaba los trabajos de Dransy sobre la moltura económica, calificada así porque la patrocinaban los economistas; Partimentier escribía su tratado del *Perfecto panadero*, y antes de que iniciara el apostolado de la patata, —el bulbo filosófico, y después patriótico,—hubo magnates que se dedicaron a esta propaganda. Los trabajos de Darcet para el reconocimiento de las arcillas y la fabricación de la porcelana dura, daba un aspecto de magia a la química. Lavoisier aparecía en las obras de los pensadores como un redentor de los obreros industriales, pues de él se esperaba que conjuraría los peligros del saturnismo y de la hidrargiria. En suma: el progreso se obtendría por los medios de que dispone una clase ilustrada.

Nótese la diferencia entre estas actividades y las de Inglaterra, donde las repercusiones de los inventos de Watt y Arkwright daba inmensa actividad a la explotación del carbón de piedra y del hierro, abriendo la era de la supremacía industrial.

La ciencia en Francia era más de gabinete que de aire libre, y si salía, al campo lo hacía más con fines agrícolas que industriales. De allí el tinte especial de los escritos franceses dedicados a la transformación. De allí el progresismo.

* * *

Para encontrar algo semejante en Inglaterra, hay que buscar manifestaciones individuales, y en todo caso, no existe la corriente literaria del progresismo. El progresismo inglés em-

pieza a formarse mucho más tarde, y va por cauce distinto, como veremos. Cuando Tennyson vió inaugurarse la línea del ferrocarril de Liverpool a Manchester, en 1830, sintió la emoción lírica de un cambio indefinido, sin otra condición que desenrollar las armoniosas cintas metálicas por donde corría la locomotora. Era algo semejante a lo que había sucedido como consecuencia de los rápidos adelantos agrícolas realizados en Francia durante la segunda mitad del siglo XVIII. Pero vino la diferencia.

En 1859, Inglaterra consagró la afirmación dogmática del progreso, llevándola a un terreno científico. Después de haber formulado la doctrina de la evolución, Darwin avanza una profecía, fundada en la historia de todos los seres vivos. «Siendo descendientes por línea directa de los que existían mucho antes de la época siluriana, podemos estar seguros de que nunca se ha roto la sucesión ordinaria por generación, y de que nunca ha habido un cataclismo universal. De aquí que nos sea dado ver con cierta confianza hacia un porvenir indiscutido, que será igualmente de inapreciable duración. Y como la selección natural obra sólo en bien de cada ser, y por su acción propia, todo el ambiente corpóreo y mental tenderá a progresar en el sentido de la perfección».

Esta patente de adelanto indefinido es de 1859, como he dicho; pero ya en 1851, Spencer había publicado una *Estática Social*, con un largo subtítulo que habla de la felicidad humana y de sus condiciones. Allí se afirma que «la Naturaleza, en su infinita complejidad, siempre crece hacia un nuevo desarrollo... También el hombre obedece a la ley de la variación indefinida.» El mal resulta de la falta de adaptación del organismo a sus condiciones; pero «el mal tiende perpetuamente a desaparecer. Por virtud de un principio esencial a la vida, esta falta de adaptación de los organismos a sus condiciones, siempre va rectificándose, y los unos a las otras continúan la obra de modificación, hasta realizarse la adaptación perfecta. Esto se aplica a la esfera mental lo mismo que a la física». La seguridad para Spencer era tal que afirmaba: «El último desarrollo del hombre ideal es lógicamente cierto, tan cierto como cualquiera otra conclusión en que depositemos una fe implícita: por ejemplo, que el hombre es mortal».

La civilización representa las adaptaciones que se han realizado ya. El progreso significa los sucesivos pasos que han de darse en esta operación.

Sin quererlo, por el hecho de haber adoptado la doctrina evolucionista, el feliz progresismo francés, con su ley y su causa,— ley que nadie había visto y causa que todo el mundo desconocía,—se vió cubierto de sombras. Huxley, tan autorizado como Darwin y como Spēncer, declaró que no creía una sola sílaba de lo que afirmaba Spencer y Darwin. Para Huxley, nada hay tan depresivo como el estudio de la evolución humana. ¿Qué contienen los anales de la Historia? A él sólo le dicen que el hombre es un bruto, algo más inteligente que los otros, pero igual a ellos. Ya Renan, en un momento de mal humor, había arrojado los libros, reconociendo que la historia de la humanidad es la historia de Troppmann, el célebre asesino. En momentos plácidos llamaba al hombre el buen gorila. Era el límite de sus concesiones. Para Huxley hay una lucha entre las fuerzas cósmicas y las éticas. «La teoría de la evolución se niega a autorizar las predicciones del milenio».

Estas reservas de Huxley no trascendían al público. En las obras de propaganda se utilizaban las firmas de Darwin y Spencer, como las de los médicos eminentes que dan prestigio a las drogas patentadas. Evolución venía a ser sinónimo de progreso. Un progreso basado en la ciencia, con antecedentes desprendidos de la geología, de la paleontología, de la biología... ¿Qué más podía pedirse? Decir evolución era decir progreso, con un tono que imponía respeto. El que negaba el progreso era un retrógrado. Se le desdeñaba. Pero el que negaba la evolución era un inculto.

No hay nada que origine tantas dificultades como la mezcla de dos términos, pertenecientes a dos disciplinas extrañas entre sí. ¿Pero qué más daba? Para evitar esas dificultades, se suprimía toda diferencia

* * *

Sin embargo, ha sido necesario distinguir y justificar las dos palabras. Algunos escritores pretenden que una de ellas,—evolución,—fué destinada por los biólogos para describir la índole del cambio que se efectúa en una serie orgánica mediante la acción hereditaria conjugada con la selección natural, y que no tiene aplicación al desarrollo de la cultura. Aquí el proceso, por muchas razones que explican, debe llamarse de otro modo: elaboración, por ejemplo. Una inteligencia que se comunica con otras, llega a hacerse más comunicable; es inteligencia superior.

Para medir el adelanto de una sociedad, hay que estimular

dos órdenes de hechos: los que concurren a la organización de conjunto y los que determinan el valor afirmativo de la personalidad humana. El alto grado de organización asegura a algunas sociedades no sólo la supervivencia, sino la superioridad con relación a otras, pero sacrificando el desenvolvimiento individual o la elaboración de la cultura. La nación esclavista, y por lo mismo más capacitada para la especialización de la guerra, podía resistir el choque de nómades agresores, y aun dominar a pueblos agricultores libres. Tenía, pues, mayores probabilidades un tipo que no era superior, puesto que sacrificaba ciertos aspectos de la vida individual. Una organización realizada en este sentido, como la del pueblo moderno que lleva hasta su último extremo la división del trabajo, no puede decirse que sea un progreso, aun cuando el desarrollo tenga la horrible perfección de una colmena. El invento de Eli Whitney, para despepitar algodón, produjo consecuencias en diferentes órdenes. Abaratando el algodón, creó la industria típica inglesa, y en los Estados Unidos extendió el régimen de la esclavitud negra, llevándolo a los inmensos territorios de Mississippi, Luisiana y Tejas.

La estimación del progreso es difícil, por la complejidad que revisten los fenómenos. Anticiparlo y dirigirlo es más difícil todavía. No siempre sabemos si un cambio da como resultado una destrucción o una creación. Aun en presencia de hechos consumados, queda la duda, y sólo una larga perspectiva histórica permite formular juicios con acierto. Prácticamente, salvo casos en que la evidencia resulta incontrovertible, la cuestión se resuelve como dogma por el grupo de mandarines encargados de fabricar la retórica de los que mandan. La concepción dominante del progreso pertenece a los instrumentos de gobierno, como el dinero, el crédito, la urna electoral, los cañones y los aeroplanos.

* * *

Generalmente la concepción adoptada toma como molde un plan indefinido que ha de realizarse en lo futuro, o se busca un modelo distante, que se conoce poco, o no se conoce del todo. Inglaterra fué el original que tuvieron a la vista los filósofos franceses del siglo XVIII. Después, todo el continente europeo hizo su parlamentarismo, según la representación mental que cada país tenía del parlamento británico, y los medios de que podía disponer para la copia. Francia, a su vez, sirvió de modelo. Los Estados Unidos exportaron su federalismo para congre-

sos constituyentes urgidos de fórmulas. A veces la antigüedad fascina, como pasó con la Francia revolucionaria. Las locuras no son nuevas. Podría escribirse un libro más apasionante que *La idea del progreso* para referir lo que se ha intentado cuando el dogma se hace activo. Rousseau citaba a China como un país ejemplar en materia de impuestos, y los fisiócratas se conmovían pensando que el Emperador labraba una vez al año la tierra con sus propias manos, para honrar así las artes útiles. Esto y la organización de concursos como método de proveer todas las plazas, los elevaba al éxtasis. China fué el jardín antológico de los utopistas intelectuales.

Después vino el gusto por lo inédito. Rusia ha organizado sus catástrofes en serie, valiéndose de una receta sacada íntegramente de la fantasía.

El esfuerzo de reacción más patente y caracterizado es el de las construcciones teóricas, porque no se prefigura lo futuro sino con imágenes del pasado, y así se contraría la obra espontánea de la creación social,—aunque no siempre con eficacia, afortunadamente.—CARLOS PEREYRA.